



Carter, con el vicepresidente chino, Gen Hsiao, en la Casa Blanca.

LA AGONIA DE EUROPA

EDUARDO HARO TECGLÉN

HASTA hace poco tiempo, Europa era "el Mundo". Este pequeño cabo del enorme continente asiático había reunido suficiente poder militar como para determinar que su filosofía, su concepto de la vida, su religión, fueran algo a lo que llamó "la civilización", y que impere en el mundo, y que sirviera para traer del mundo todas las riquezas necesarias para sí. El reparto de ese botín no era fácil. En primer lugar, no era suficiente. En segundo lugar, Europa nunca fue una unidad, sino una sucesión de Imperios de centro variable que guerreaban entre sí. Esta forma de guerrear entre sí sucedió hasta fecha tan próxima como la de la última guerra —1939-1945— y puede suceder en cualquier momento en que aparezca un nuevo conflicto: es evidente que la Unión Soviética y las naciones del Pacto de Varsovia son tan Europa como las demás, y que el comunismo, el marxismo, forman parte de la ideología y la filosofía nacidas en Europa; apurando el concepto, los Estados Unidos son Europa, independientemente de la localización geográfica en que aquellos europeos se afincaron.

Lo que pretendería hoy el extremo más occidental de ese ca-

bo del continente es rechazar, en cierta medida, esos dos grandes fragmentos de Europa que son la Unión Soviética y los Estados Unidos; hacia Asia la una, hacia la otra orilla del Atlántico la otra. Los centros de decisiones ya no están en el clásico triángulo de Londres-París-Berlín (o Bonn); están en Moscú y en Washington. El poderío militar ha cambiado de localización. El que queda en Europa no es suficiente para asegurar, siquiera, el nivel de vida que había alcanzado en los últimos años: sus posibilidades directas de explotación se han desvanecido. Querria, ahora, vender su civilización, exportarla a cambio de lo que le es necesario para vivir: su técnica, su industria, sus especialistas, sus creadores de ideas que les siguen pareciendo útiles para la formación de sociedades —artistas, religiosos, intelectuales, etcétera— para que países que parecen necesitados de ello —y no es muy seguro— se lo cambien todo por algunas materias primas de las que disponen y de la parte de trabajo necesario para extraerlas. Es un mercado muy difícil. Su oportunidad principal está basada en que los Estados Unidos y la Unión Soviética disputan entre sí, se enfrentan a la manera clásica



El vicealmirante norteamericano William J. Crowe, nuevo comandante en jefe de la OTAN en el Sur de Europa.

de los dos Imperios que buscan la hegemonía, y en esa circunstancia se trata de encontrar un hueco para una acción europea. A condición de que los Estados Unidos o la URSS no obliguen a participar de ese enfrentamiento. Que sí obligan. Los Estados Unidos a su parte de Europa, la URSS a la suya: tratan de entenderse, una y otra, como pueden, por encima de esa adscripción, y tratan de zafarse hasta donde lleguen de la condición de partículas centripetadas.

El botín que obtienen, ahora

que la fuerza militar no es suya, es escaso y es indirecto. Tratan, a su vez, de reducir el centro de reparto. Hay una tendencia a desprenderse de un extremo: el extremo de Grecia, Turquía, Italia, España, Portugal. Incluso de que esos extremos, sobre todo los que no han conseguido incorporarse de una manera más firme, lleguen a formar parte de su explotación o de su utilización. Dentro de cada una de las sociedades, o de las naciones centrales, se repite un poco el mismo manejo: enviar hacia la periferia —no geográfica, sino de clases sociales— la nueva dificultad, recoger en el centro —las clases dominantes— la parte esencial del botín.

En esta lucha están los grupos a los que damos, por ahora, y en tanto no cambien los signos meramente externos, Margaret Thatcher, Giscard d'Estaing, Schmidt.

Disputan entre sí. La querrela inglesa es fuerte. Ha habido un principio de acuerdo de sometimiento a la presión de Thatcher, con la intención de que no se desgañe del todo de ese centro de Europa y vaya a parar definitivamente a manos de los Estados Unidos; pero hay ya reacciones.

Repartir la riqueza ha sido siempre el centro de los grandes conflictos europeos: repartir la pobreza es más duro, más difícil todavía. Pero esta vez no queda el recurso de la guerra. Ni siquiera se les deja en sus manos, ni en su territorio ni fuera de él. Francia fue la última nación que trató de guerrear fuera de Europa y ni siquiera pudo terminar su propia guerra de Indochina: los Estados Unidos se la quitaron de las manos. Prefirieron perderla ellos mismos.

Tampoco le queda la paz. Gisa

card en Varsovia, Schmidt dentro de unos días en Moscú, tratan de negociar con la Unión Soviética, y corren a Washington para negociar, también, con el centro de su propia esfera política y militar. En el fondo, tienen poco que ofrecer. El continente se va degradando, se va desmigajando. Puede aparecer, de pronto, un acontecimiento tan inquietante, tan asustante, como el del principio del fin del "modelo sueco"; puede continuar en el otro extremo del mapa la lenta depauperación de Italia y las inestabilidades, los malos modos, las desgracias económicas incesantes de España y de Portugal. Puede aparecer en cualquier instante una inmensa huelga en Gran Bretaña.

Parece como si Europa, esta vez, no fuese capaz de segregarse su propia filosofía, su religión oportuna —su calvinismo, su anglicanismo— para sustentar su personalidad, su doctrina económica. Todo ello ha ido siempre añadido a una fuerza militar: el país que ha sabido dotarse de una nueva forma de fuerza militar ha segregado la justificación ideológica para utilizarla. Todo esto ha huido de Europa.

Parece un momento decisivo. No parece que en estos momentos en que su vieja historia puede disolverse, en que Europa puede dejar de ser "el Mundo", si no ha dejado de serlo ya definitivamente, no aparecen las doctrinas, los hombres, las fuerzas que puedan sacarle de su dificultad. Con la agravante de que tampoco encuentra razones suficientes para sumarse a las cabezas imperiales que han surgido de sus propios grandes momentos —marxismo o capitalismo— porque no encuentran en esas sociedades el suficiente atractivo como para dejarles limpia y sencillamente la hegemonía, y porque si hay una decadencia europea, esa decadencia está evidentemente presente en las cabezas de serie. No puede negarse la decadencia a una sociedad que se deja representar por Carter, con la alternativa posible de Reagan, o incluso con la de Kennedy; ni a otra que se presenta bajo la figura de Brejnev.

Quizá estemos en el principio de una época en que "el Mundo" no sea ya Europa; pero no solamente este breve cabo al que nos aferramos todavía, sino lo que de Europa representan la URSS y Estados Unidos. Un principio cuyo final, probablemente, no veremos ninguno de los seres que ahora viven en la Tierra. ■

Le Monde

LA ALTERNATIVA MORAL

RAMON CHAO

PARIS.—Durante días no se habló en Francia más que de la visita del Obispo de Roma y de la elección del futuro director de "Le Monde", y muy resonante tenía que ser un tema para atravesar el unísono orquestal que emitían los medios de información sobre la campaña papal. Y lo era, en efecto, el que el director de un diario fuera elegido por el conjunto de los redactores del periódico. Si a ello añadimos que se trata de uno de los más importantes del mundo, la noticia, y la experiencia, cobran valor ejemplar, importancia capital.

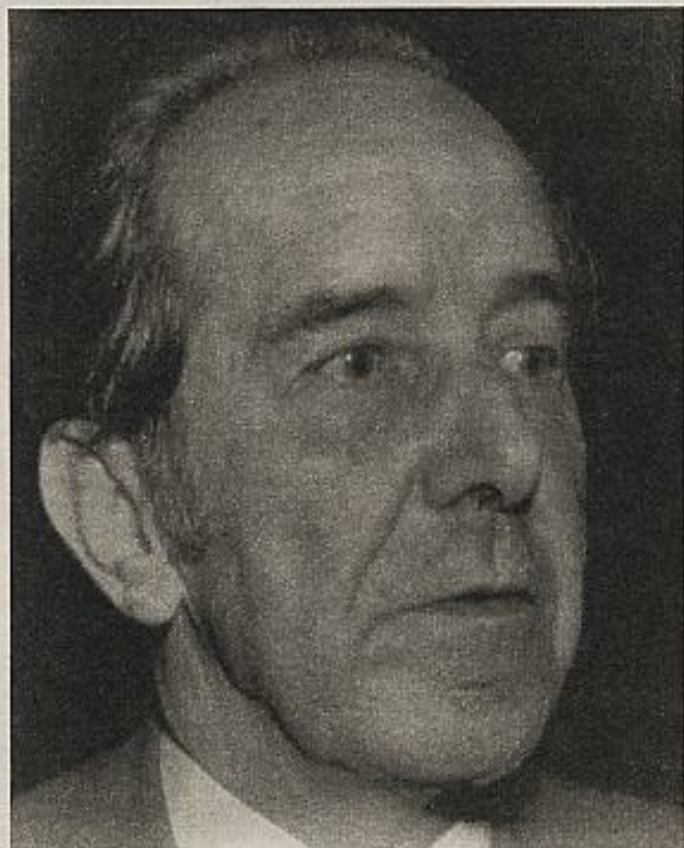
Al ser liberada Francia del ocupante nazi, el pueblo consiguió algunas nacionalizaciones, como la de Renault. Ciertas ventajas sociales, como la seguridad social, que ahora empiezan a regatearle. A las mujeres les otorgaron el derecho de votar, resultando que no perturbaba en nada al poder masculino, como el voto a los dieciocho años, mucho más tarde, no iba a molestar al burgés, y Francia, en fin, se dotó de dos instituciones: La IV República y el diario "Le Monde". Aquella desapareció, y "Le Monde" es lo que mejor navega de todo.

Al principio fue un hombre providencial, Hubert Beuve-Mery, elegido por Dios para esa misión. O casi: el general De Gaulle le encargó resucitar el periódico "Le Temps", famoso antes de la guerra. Beuve-Mery no quiso ponerse al servicio de la gran industria ("Le Temps" era el órgano del Comité des Forges). "Moralmente estaba obligado a hacer todo lo contrario de lo que me pedía el General" —diría más tarde—, y fundó "Le Monde". Los inicios fueron difíciles. "Le Monde" se vio acosado por todas partes; primero, por los comunistas, y luego, por la derecha, que le tachaba de neutralista cuando más arrebataba la guerra fría. Beuve-Mery logró sobrevivir, y con él el periódico, gracias a la creación de la sociedad de redactores, primera en su género.

La independencia del periódico, su altura intelectual y moral, se afirma. Beuve-Mery, con el pseudónimo de Sirius, habla de tú a tú con los presidentes de la República, y fueron famosos sus comentarios críticos a las decisiones del general de Gaulle. "Le Monde" se impone y es intocable. Por eso arrecian los ataques contra él. En 1956, Antoine Pinay lanza un rival a "Le Monde", con todos los medios financieros de que disponía, siendo ministro de lo mismo, titulado: "Le Temps de Paris", que duró dos meses y perdió millones en la vana empresa. En 1977, otro ex ministro, del Trabajo éste, M. Fontanet, volvió a las andadas, con la misma pretensión de desbancar a "Le Monde": "J'Informe" duró un poco más que el

diario de Pinay, pero no llegó al año.

Dijo Tocqueville que "Si se quiere conocer la verdadera potencia de un periódico, no hay que prestar atención a lo que dice, sino a la forma como se escucha", y así "Le Monde", ejemplarizando esta frase, convirtió su uso en necesidad; más que un órgano de información lo es de encantamiento y corresponde, en nuestra sociedad tecnológica, a lo que era el brujo en las primitivas. Su lectura es un opio para la clase intelectual, un espejo en el que nos vemos cultos, inteligentes y un tanto a la vuelta de todo, que si los periódicos proporcionan sueños a sus lectores, el que crea "Le Monde" es de los más aristocráticos. Desde sus alturas intelectuales y morales como un



Claude Julien, que dirigirá "Le Monde" a partir de 1983.